

La noche era fría y despejada, con un cuarto de luna y el cielo poblado de estrellas. Las calles de Kairuán estaban desiertas, pero entre las paredes de las casas aún parecía latir el murmullo cotidiano de las gentes, el ruido de las tejedoras, el andar apresurado de los hombres cargando pesados fardos de alfombras... Nadie pudo ver pasar la fugaz sombra del hombre. Ni siquiera el camello que tiraba de la noria en el pozo Bir Barruta estaba despierto. Tan sólo abrió un ojo cuando su fino oído captó la estela de sonido que dejaba el leve roce de una túnica. Sin embargo, al animal no le pareció una amenaza suficiente para interrumpir su merecido descanso. El hombre, en cambio, sentía el peligro en cada paso que daba. Sabía que le restaba poco tiempo. Sus perseguidores le venían pisando los talones desde Gafsa. Allí había conseguido despistarles cogiendo un tren hasta Sfax y luego, camuflado entre un grupo de comerciantes que acudían a una feria, había llegado a Kairuán. Su contacto en esa ciudad le había escondido a las afueras, en un molino de aceite abandonado. Pero ahora había llegado el momento de jugársela y salir. La alfombra estaba casi terminada y él tenía que entregar el mensaje en clave. Avanzó hasta el final de la calle y se detuvo en una esquina, donde la tenue luz de los faroles no llegaba. Desde allí pudo divisar ya la puerta del taller. Le habían dicho que era un doble arco pintado de verde con un baldaquín de madera azul, pero, a esas horas de la noche, los colores se igualaban con una pátina negruzca que le hizo dudar. Estaba demasiado cansado. Su cuerpo, a pesar de estar entrenado para las peores circunstancias, empezaba a dar signos de desfallecimiento. Habían sido muchas semanas de tensión, sin dormir y comiendo mal. Y en ese momento, cualquier error, por pequeño que fuera, le podía costar muy caro.

Estaba casi seguro de que nadie le había seguido. Miró hacia todos los lados para cerciorarse y, tras unos instantes, se lanzó a recorrer los escasos treinta metros que le separaban de la puerta. Una vez estuvo frente a ella, tomó una de las argollas de hierro y llamó con cuidado. Tres golpes seguidos. Pausa y otros dos golpes muy suaves. Entonces, casi de inmediato, alguien descorrió un cerrojo y la puerta se abrió, dejando el resquicio justo para que el hombre se colara hacia el interior.

Entró a un patio apenas iluminado. Un anciano enjuto, con la cara surcada de profundas arrugas, cerró la puerta tras él. No dijo nada, tan sólo le escrutó con una mirada acuosa y, a continuación, le hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera. En silencio, atravesaron un patio hasta un paso de arco cubierto con una cortina. El anciano apartó la tela con un gesto rotundo, que desdijo la fragilidad de su aspecto, y ambos entraron en la habitación donde se encontraba el taller. Nada más verles, la mujer que estaba sentada en el suelo, trabajando frente a un telar, se levantó y se retiró hacia otra estancia. El anciano se apartó a un lado y el hombre se acercó hasta el telar, observó detenidamente la alfombra y, al cabo, asintió. Después sacó un rollo anudado con una cinta, que llevaba escondido entre sus ropajes, y se lo entregó al anciano. Acto seguido, los dos emprendieron de nuevo el camino hacia la

puerta de salida. Una mirada fue suficiente para despedirse. No había ni un minuto que perder. Si descubrían el taller, la operación podía darse por perdida.

Afuera, la túnica del hombre volvió a cortar la oscura densidad de la noche. Su siguiente contacto le esperaba en la cercana Mezquita de las Tres Puertas. No tardaría mucho en amanecer y, para entonces, él tendría que estar ya fuera de Kairuán, camino de Susa. En el puerto de esa ciudad, le esperaba un barco que le sacaría del país y le pondría a salvo en las costas de Malta. Avanzó sigiloso por las apretadas callejuelas. Las fachadas secretas de las casas bajas comenzaban a tomar consistencia. Sí, la claridad del día acechaba desde el Este.

No tardó ni diez minutos en divisar la mezquita. De nuevo, se emboscó en una esquina desde donde controlaba las tres puertas de entrada al templo. En una de ellas, la que quedaba más a su derecha, intuyó una presencia. Sacó la linterna de la pequeña mochila que llevaba e hizo la seña convenida. Al instante tuvo respuesta, y dos destellos de luz surgieron desde la tercera puerta. Comenzó a aproximarse con cautela, pues tenía la sensación de que algo no encajaba. Algún detalle insignificante se le había escapado. Quizá fuese el hecho de que no veía ningún coche aparcado en las proximidades. ¿Habían cambiado el plan para llevarle hasta Susa y no habían podido comunicárselo? Intentó tranquilizarse pensando que el coche podía estar escondido en uno de los callejones ciegos que abundaban en la zona. Sin embargo, no pudo pensar nada más porque, a mitad del camino recorrido, una sombra maligna se le abalanzó encima y le tumbó en el suelo. Ni siquiera pudo defenderse. Con un movimiento violento y profesional, alguien le degolló.